

**LOS ARGENTINOS ANTE LOS OJOS DE
PROPIOS Y EXTRAÑOS
(LA VISITA DE LOS GRANDES EXTRANJEROS)**

*Comunicación del académico Dr. Jorge Reinaldo Vanossi,
en la sesión privada de la Academia Nacional de Ciencias
Morales y Políticas, el 22 de junio de 1994*

LOS ARGENTINOS ANTE LOS OJOS DE PROPIOS Y EXTRAÑOS (LA VISITA DE LOS GRANDES EXTRANJEROS)

Por el académico DR. JORGE REINALDO VANOSI

I. Esta modesta comunicación en sesión privada de la Academia responde a una especie de inquietud o de hobby que he tenido desde hace algún tiempo, de ir sistematizando algunas opiniones, no sólo de extranjeros sino también de argentinos que tocaron o tomaron en cuenta temas semejantes a aquellos de los que los visitantes extranjeros dieron testimonio en nuestro país. Y lo he hecho con la idea de que esto es útil para conocernos mejor. Muchas de estas opiniones son productos de un simple viaje, una simple visita. Otras, son fruto de mayor reflexión, de mayor indagación, y otras, incluso, son el resultado de trabajos o libros publicados por extranjeros en torno a la Argentina.

De modo que hay, fácilmente, tres niveles discernibles en cuanto a la profundidad o al mero carácter coyuntural, circunstancial u ocasional que han tenido estas expresiones; pero todas ellas tienen el común denominador de que revelan, no una actitud de indiferencia, sino una actitud de interés e inquietud acerca de la Argentina. Ninguna es reciente, casi todas son de fines del siglo pasado, primera mitad de este siglo. Conocieron la Argentina de la *belle époque*, la Argentina de la grandeza y no de la decadencia; pero así y todo señalaron algunos rasgos que pueden ser fácilmente detectables como

anticipatorios de la posterior decadencia de la Argentina. Quiere decir que lo que estos extranjeros y algunos argentinos contemporáneos a ellos observaron eran algunos datos indicativos de que no todo lo que se veía era realmente la panacea, y que se estaban gestando o germinando algunos procesos de los cuales iba a resultar la decadencia argentina.

Yo voy a ser lo más objetivo posible, en el sentido de limitarme con muy breve comentario a reproducir lo dicho por estos visitantes, con la aclaración de que hay muchas otras opiniones, pero que no están verificadas. Yo me limito, simplemente, a aquellas sobre las cuales tengo la total o la casi total certeza de que responden fidedignamente al pensamiento de estos visitantes, con una sola excepción que no puedo apoyar documentalmente: la de Einstein, que fue un testimonio personal que -como voy a explicar después- dio en Buenos Aires con motivo de su visita.

De los propios argentinos, voy a mencionar liminarmente a aquellos que considero -no en una lista taxativa pero sí enunciativa- los más atendibles en cuanto al paralelismo entre sus observaciones y las que han hecho los visitantes. Me refiero, por ejemplo, a Ezequiel Martínez Estrada. Tanto en la *Radiografía de la Pampa*, como en *La Cabeza de Goliat*, donde remarcó aspectos de nuestra idiosincrasia, como el temor al ridículo, la afectación y la no espontaneidad, que él consideraba que, si bien eran rasgos psicológicos que se daban en cada individualidad, coadyuvaban o conllevaban a un resultado de rasgo colectivo con relación a nuestra sociedad.

El propio Borges -nuestro inmortal Borges- que ironizó despiadadamente en torno a muchos de nuestros rasgos, por supuesto dedicó páginas inolvidables a la "viveza criolla", y a aquel afán de pasar por inmoral antes de que se lo tome a uno por zonzó (de lo cual él se lamentaba profundamente).

Y, por supuesto, no puedo dejar de incluir en esta mención a mi escritor favorito: Eduardo Mallea. Quizá, su pecado mayor fue escribir demasiado; pero en varias de sus obras ha puesto el acento en esta cuestión. Así, en *Historia de una pasión argentina*, en *La vida blanca* -que escribió en 1942 pero sólo publicó veinte años después, en 1962, porque él

mismo temía alguna de las consecuencias que esta especie de introspección del argentino podía producir-. En *El sayal y la púrpura* describe una Argentina subterránea, sumida muchas veces en la superficialidad y en el facilismo. Saca la conclusión de que la Argentina es un desierto lleno de palabras. Hay otra obra de Mallea menos conocida, un libro llamado *Meditación en la costa*, escrito en 1939, que hoy en día está totalmente cubierto por el manto del olvido. No se consigue en ninguna parte. Lo pude fotocopiar extrayéndolo de la biblioteca del diario "La Prensa". Es interesante conocer qué pensaba Mallea, en ese libro, de los argentinos de aquel entonces -víspera de la guerra mundial- y como veía nuestra sociedad.

Voy a citar un par de párrafos. Dice, refiriéndose al que viene del interior o del exterior: "pero aquel recién llegado no podía encontrar eso fácilmente. Una ciudad nueva es un país de grandes distraídos, nadie tenía tiempo para cuestiones esenciales". Agrega: "habrían sido horas regaladas al diablo que cada cual marchara como pudiera". Y se preguntaba Mallea: "¿No hay aquí un gran peligro nacional de disgregación? Sí - responde- tanto mayor cuanto que nadie quería detenerse, establecerse, hacer más fuerte esa fidelidad al espíritu de nación sin la cual un espíritu no persiste íntegro".

El miraba con detenimiento a esos hombres de Buenos Aires, a esos hombres de la ciudad, y decía: "Tenían un solo objetivo: partir, irse, irse de lo que todavía no era del todo. Ser otra cosa, no quedarse en nada. Destino, situación y sentimiento. Partir, partir demasiado ligero, irse hacia otra cosa sin terminar bien la primera"; y termina diciendo: "Ser extranjero sin haber sido todavía algo, gente de esta tierra, demasiado ligero". Y una última cita de Mallea, en el mismo libro *Meditación en la costa*: "Hay una perversión del hombre argentino que consiste en su despegue de la tierra. Consiste en su propensión a cristalizarse en el aire, allí donde todo le es fácil; pero donde no se recibe savia, donde no recibe la corriente eterna del suelo. Es decir que el argentino flota, el argentino trata de no contaminarse con el arraigo, porque el arraigo significa recibir la savia, tener entonces la corriente del suelo que obliga a tomar conciencia y a tener que abocarse al problema concre-

to y solucionarlo de acuerdo a los medios disponibles. Nuestra vocación es a la generalización y no al abocamiento, al problema concreto". Y termina con una predicción optimista, que es como quiero terminar yo después al final de estas citas. Dice Mallea: "La hora es de nuestro mundo, la hora es una hora americana y esta hora, si es algo, es hispanoamericana. Una hora austral, no de nuestra civilización, sino de nuestra cultura. Esta se vuelve asimismo el fin de nuestra aspiración; nuestra aspiración se vuelve la de articularla y decirla".

Pienso que cuando se ha referido a la hora austral, a lo mejor ha pensado en el destino de este Cono Sur acerca del cual yo personalmente soy muy optimista. Sobre todo viendo la evolución del mundo. Y creo, con total sinceridad, que se dan condiciones a mediano plazo, para que este lugar que no sabemos si está en el hemisferio norte, en el hemisferio sur o fuera del mundo -lo más probable es que por la lejanía estemos fuera del mundo- tenga sin embargo condiciones culturales, históricas, geográficas, raciales, religiosas y morales que puedan realmente hacer de esta una tierra promisoría.

No quiero olvidarme de Lucio V. Mansilla, para ir a términos históricos más antiguos, cuando denunciaba nuestra nativa negligencia y el desinterés por toda empresa de alto rumbo, y se quejaba de ello. Le siguió Eduardo Wilde, que hablaba de la afanosa búsqueda de un acomodo, donde se trabaje poco y se gane mucho, atento a que las aptitudes son las calidades en las que menos se piensa, ya que todo se cifra en la cartita de recomendación.

A lo expuesto se suman las reflexiones que Estanislao S. Zeballos expuso el 8 de junio de 1915, día en que comenzó sus actividades el Instituto Popular de Conferencias. Las mismas fueron recogidas en un artículo de Luis Santiago Sanz ("La Prensa", 18 de julio de 1994). Zeballos juzgó la situación argentina en términos amargos. "Se vive -dijo- en plena confusión de los medios con los ideales". Proclamó con vehemencia las virtudes de la constitución que, afirmó, es "una página institucional sublime, superior a la americana, de la que por error se la considera copia". En su espíritu, sostuvo, está el gobierno del pueblo formado por hombres calificados. La

política fracasa porque no se ajusta al ideal de la Constitución. Extiende su percepción crítica al ámbito social. Destaca en su severo registro que abundan las crisis matrimoniales, la lucha casi invisible pero extensa entre padres e hijos, la triste soledad de los hogares sin encanto, se vive esperando algo que no llega. No vacila en sustentar que el remedio a los males que afligen a la nación se encuentra en el retorno a los ideales de las generaciones de Mayo y de 1853. Consideró necesario desalojar el pragmatismo de la dirección de los destinos comunes. Estimó que el instituto que se creaba lo era en momento oportuno atento que por entonces "prevalece el impulso muscular analfabeto y anárquico y el individualismo utilitario, cuando la cátedra parlamentaria degenera en tribunal electoral, cuando la universitaria aún no abandona las rutinas de la exégesis, cuando las asambleas populares están expuestas a las pasiones que extravían y a los odios estériles..."

Y, por supuesto, para terminar esta primera parte, quiero destacar el notable aporte de Juan Agustín García en su obra *La ciudad indiana*, donde tratando de hacer un paralelismo con la *La ciudad antigua* de Fustel de Coulanges, pretende marcar a fines del siglo pasado y comienzos del siglo actual algunos de nuestros rasgos. En un párrafo -en la página 415- muy impresionante, dice: "La podredumbre se inicia en las clases superiores, desciende y se infiltra en todo el organismo social...todos viven en una atmósfera de mentiras, fraudes y cohechos. La sociedad se educa en el desprecio de la ley...por eso ha preferido siempre los hombres a las leyes y los caudillos a las ideas".

Juan Francisco Linares, nuestro viejo y querido profesor, resumía este mismo párrafo de Juan Agustín García en la siguiente sentencia: "culto al coraje, desprecio a la ley".

II. Paso ahora a los visitantes y observadores:

Me voy a referir en primer término a Adolfo Posada, verdadero constructor de la Escuela Española del Derecho Político, que realizó dos viajes a nuestro país, que se traducen en sendas obras. Una, *La República Argentina: impresiones y*

comentarios publicada en 1912 en Madrid. Y otra, casi diez años después, en 1921, titulada *Pueblos y campos argentinos*. El punto central de la observación de Posada sobre la Argentina es la discusión acerca de si la Argentina tiene o no una cuestión social. Y él polemiza de alguna manera con Enrico Ferri, que sostenía la inutilidad en la Argentina de los partidos sociales. Decía Ferri que aquí, por ejemplo, el socialismo o cualquier preocupación social era una flor artificial. Y Posada, que era un liberal auténtico, sin embargo reconocía que la Argentina tenía una cuestión social y que había que descreer de las apariencias que se lucían a través de nuestra opulencia. Y señalaba una gran coincidencia en este tema con quien había sido su amigo en oportunidad del primer viaje. Seguramente también del segundo, que era Don Joaquín V. González. Compartía la preocupación de González sobre la cuestión social. Conocía el proyecto de Código del Trabajo (que es el primero que en la Argentina se elaboró y fue obra de Joaquín V. González, que lo remitió al congreso durante la segunda presidencia del General Roca) y, señalaba Posada, que la razón lo asistía a González en el sentido de que había que "tomar al toro por las astas" y resolver antes por la ley lo que podía, segura o probablemente, desbordarse por la vía de la impetuosidad de ciertos planteos.

Charles Darwin también se ocupó de los argentinos. Se ocupó de algunos rasgos antropológicos y psicológicos. Le llamaba la atención que los argentinos ayudaran al delincuente a escapar y que fuera tan común el soborno a los funcionarios. Hay que ubicarse en la época en que Darwin escribe esto. Textualmente extraigo y traigo a colación este párrafo:

"Los habitantes respetables del país ayudan invariablemente al delincuente a escapar: parecería que piensan que el hombre ha pecado contra el gobierno y no contra el pueblo".

Esta es una observación muy aguda: es decir, esa especie de *bill* de indemnidad que está por lo general inspirado en un sentimentalismo mal entendido. Todos son buenos, mejor perdonar, dejar pasar. "En realidad fue algo contra la autoridad, pero no contra la sociedad". Que es lo que la corrupción o el acto de soborno viene a asumir en su proporción defini-

tiva, es decir, un atentado a la sociedad y no una mera viveza criolla como señalamos precedentemente.

He encontrado una cita que hace Raúl Oscar Abdala en un sabrosísimo trabajo publicado también en "La Prensa" el 27 de octubre de 1991. El título: "*Balance del Argentino*". Es un trabajo de un francés poco conocido: Alfredo Ebelot, que nos visitó a fines del siglo pasado, mediados de la década del 90. Ya entonces Ebelot señalaba tres rasgos: los argentinos son coimeros, entran muy a gusto en el peculado y cometen varias otras formas de la viveza como manera de eludir la legalidad.

Waldo Frank, visitante de los años treinta de este siglo, gran escritor de origen norteamericano, que nos elogió inicialmente, pero lo tratamos tan mal que terminó criticándonos por un episodio que probablemente muchos conozcan. Antes de ese episodio, él, lo que criticaba, era nuestra autocrítica despiadada. No entendía por qué el argentino era tan impiadoso consigo mismo: "La Argentina es grande, fuerte, próspera y sin embargo el argentino -curiosamente- obtiene un amargo disfrute enumerando sus propios defectos. Goza en tenerse a sí mismo y a su país como lo peor del planeta".

No voy a citar las cosas que después dijo de nosotros, porque son conocidas; pero sí voy a citar la noticia que da el diario "La Prensa", en 1942, respecto de cómo lo tratamos a Waldo Frank en plena guerra mundial y cuando el gobierno de ese entonces estaba, no digo comprometido pero sí simpatizando con las potencias del Eje. Dice la noticia del diario "La Prensa": "El escritor norteamericano Waldo Frank fue golpeado duramente por un grupo de desconocidos que se introdujo en su domicilio, haciéndose pasar por policías y que le produjeron lesiones y conmoción cerebral. Frank fue atacado en la víspera de su partida de la Argentina, después de haber dado una serie de conferencias y de haber sido declarada 'persona no grata' por el gobierno de Ramón Castillo. Las autoridades argentinas tomaron esa decisión después de que Frank -que había visitado anteriormente el país- publicase un saludo al pueblo argentino en el que aseguraba haber encontrado en nuestro medio 'confusión, descontento y un descorazonamien-

to no alejado de la consternación, un extraño estado de impotencia ante una sensación de crisis profundamente sentida".

Creo que los comentarios huelgan, porque las circunstancias del marco internacional de aquel entonces explican este episodio, aunque no lo justifican.

Vayamos ahora al siempre recordado Ortega y Gasset. Recordádo por la famosa frase: "Argentinos a las cosas". Pero que en realidad, repasando y cotejando en las páginas de *El Espectador*, la frase, el párrafo correcto no dice exactamente eso. La conclusión, la abreviación o la síntesis es esa, pero el párrafo de marras dice: "El argentino tiende a resbalar sobre toda ocupación o destino concreto. No se da a él con plenitud, se queda en reserva tras él, no se confunde con él". Y después viene aquello de que el argentino es el hombre a la defensiva. Lo que quiere decir Ortega, y lo explica en las páginas siguientes, es que vivimos del "después", un vivir fantasmal. De aquí viene esto de resbalar. Por eso el apócope de "a las cosas", es consecuencia y no causa. La causa es el resbalamiento, esta especie de *slide*, de deslizamiento. Lo que él nos aconseja es revertir esa tendencia e ir a las cosas; pero es como consecuencia de la reflexión que previamente hace sobre un rasgo nacional.

En sus *Obras Completas II* (Madrid, 1963) Ortega y Gasset destaca que "El argentino es un frenético idealista: tiene puesta su vida a una cosa que no es él mismo, a un ideal, a la idea o ideal que él mismo tiene de sí mismo...el argentino típico no tiene mas vocación que la de ser ya el que imagina ser. Vive, pues, entregado, pero no a una realidad, sino a una imagen...Está de espaldas a la vida, fija la vista en su quimera personal...el argentino no suele ser lo que realmente es, sino que se ha trasladado a vivir dentro del personaje que imagina ser".

George Clemenceau también fue agudo en la observación, porque no dejó, por un lado, de destacar la enorme creatividad del pueblo argentino y lo que el país significaba a comienzos de siglo. Lógicamente que lo visitó en un tiempo de apogeo. Lo que más le admiró fue la facilidad en la creación de la riqueza. Pero cuando desvía su atención hacia los políticos y

los gobernantes, la opinión de Clemenceau se vuelve totalmente crítica.

Yo no he podido constatar la frase que se le adjudica, que afirma que la Argentina se salva gracias a que los políticos duermen y los gobernantes también; porque, entonces, roban menos horas al día. Es la frase que siempre se le adjudica a Clemenceau. No la he podido encontrar, pero sí hay expresiones muy críticas a la clase política en general.

Jacinto Benavente no se ocupa de la clase política; pero se ocupa de la pretensión cultural y de una suerte de sobreestimación cultural de los argentinos. Visita Jacinto Benavente el país un buen tiempo, viaja al interior, asiste a la representación de algunas obras teatrales y se niega sistemáticamente a formular juicios de valor o juicios descriptivos sobre los argentinos. Una visita prolongada que culmina con la despedida en el puerto. Está ya próximo a partir en el navío y dos o tres periodistas le llaman la atención sobre este hecho, de que no ha querido decir nada. Entonces, cuando ya se está por levantar la escalerilla y los periodistas bajan, les dice: "Armen la única palabra posible con las letras que componen la palabra argentinos". Y estos señores se ponen a hacer los juegos pertinentes y, obviamente, hay una sola palabra que se arma con las mismas letras de la palabra "argentinos". Esa palabra es *ignorantes*. ¡Es terrible! Ese es el juicio final, en la borda del barco, de Jacinto Benavente.

Vittorio Emmanuelle Orlando, figura de la política italiana, fundador de la Escuela Italiana de Derecho Constitucional, nos visitó. Y no sólo nos visitó sino que, además de dar unas conferencias en la Facultad de Derecho, publicó después un par de ensayos sobre la Argentina, que se pueden leer en *Scritti vari (Escritos Varios)* que han sido reeditados después de su muerte. La opinión de él es muy valiosa, porque hace un análisis a fondo del sistema constitucional argentino. Y siguiendo un poco el método de Matienzo -que en esos años incorporaba los datos de la realidad y de la Ciencia Política incipiente- señala los contrastes entre la norma y los hechos y, especialmente, lo aplica a eso: al análisis del régimen de estado federal. Y saca una conclusión por vía comparativa con relación a

este punto y dice: "la Argentina se encuentra situada en la extrema derecha de los estados federales", es decir, que es el menos federal de los estados federales que podían en ese momento tomarse como punto de comparación; pero no tanto referido al cotejo comparativo de las normas constitucionales, sino a las realidades que ya en ese momento -1924 aproximadamente- se observaban.

La opinión de Orlando es valiosa por la sinceridad. Me permito recordar que Orlando fue el verdadero héroe en Italia de la Primera Guerra Mundial, que realmente decidió la batalla de Vittorio Véneto, que cambió el destino que hasta ese momento era muy desafecto a Italia. Y que, después, fue el único gran profesor, de gran jerarquía, que se negó en 1931 a prestar el juramento de fidelidad a Mussolini, razón por la cual quedó inmediatamente separado de la cátedra. Se ocupó también de nuestros servicios públicos.

Pasemos ahora al Conde Keyserling que también nos visitó con alguna frecuencia y que ahondó bastante en nuestra idiosincrasia. Apuntó a un tema que era el de la tristeza de la Argentina. Esa tristeza de la cual también se han ocupado muchos otros autores. Y decía el Conde Keyserling que el argentino no sabe divertirse. La tristeza, se preguntaba, ¿será acaso la penetración de la pampa en la urbe porteña? ¿Esa pampa chata, monótona, triste y rica pero uniforme es la que provoca esa tristeza? Terminaba con una frase muy jocosa, decía: "el argentino post coitum, animal triste".

Hay otro juicio adjudicado a varios economistas; pero, por lo que he verificado en realidad, está dicho por Paul Samuelsohn en un artículo periodístico. Puede ser, también, que pertenezca a otros y que Samuelsohn lo haya reproducido. Le preguntan a Samuelsohn cómo se dividen contemporáneamente, desde el punto de vista económico, los grandes sistemas que coexisten en el mundo. Y dice: "bueno, están los sistemas del mundo socialista, está la realidad muy heterogénea del Tercer Mundo; pero son cinco los sistemas, pues hay dos más: Japón y la Argentina. ¿Por qué? Y, porque no entran en ninguna sistematización. Tienen tales notas de peculiaridad y son tan

impredectibles, que hay que ubicarlos fuera de las clasificaciones".

También los hombres del espectáculo y de las artes se ocuparon de analizarnos cuando nos visitaron. Hay una opinión interesante de Cantinflas, de Mario Moreno, alias Cantinflas, al que le piden un juicio respecto de cómo él encontró el ambiente de la farándula, el ambiente artístico, el ambiente mundano que visitó con motivo de su primer viaje; y contesta con gran sentido del humor: "La Argentina está compuesta por millones de habitantes que quieren hundirla pero no lo logran".

La mención que quiero hacer de Albert Einstein, como dije hace un instante, no está documentada. Él visita la Argentina promediando la década del 20, aproximadamente, como invitado por la Sociedad Científica Argentina y con el auspicio del entonces canciller, el Dr. Angel Gallardo. Permaneció un cierto tiempo. Dio varias conferencias y mi padre -que en ese momento era el secretario de la Sociedad Científica Argentina- estuvo asignado como ayudante, como adjunto de él durante su estadía. Y en los días de la partida tuvo una charla -que mi padre siempre me relataba- en la cual Einstein le preguntó cómo se explicaba un país que estaba en el apogeo, que para su poca historia y su gran lejanía en el mundo había adquirido un rango tan importante entre los diez primeros países económicos del mundo: ¿Cómo podía progresar y seguir progresando un país tan desorganizado? Es decir, que Einstein no podía entender la desorganización que existía en nuestro sistema de gobierno, en nuestro sistema administrativo, en nuestras relaciones culturales. Y era realmente para él un motivo de asombro que el resultado fuera tan bueno, no gracias sino *in spite of* (a pesar de) esa enorme desorganización.

Y también un gran hombre de las finanzas y del derecho administrativo y financiero se ocupó con detenimiento de nosotros. Me refiero a Gastón Jeze, quizás uno de los más grandes administrativistas de Europa, que estudió a fondo nuestro sistema impositivo y llegó a la conclusión de que la Argentina no tenía sistema fiscal. Una conclusión muy categórica; y eso que nos visita también en la década, y en una época obviamente de "vacas gordas". Las observaciones de Gastón Jeze se

conocen después, en 1923, acá en Buenos Aires, traducidas en un libro que publica la Facultad de Ciencias Económicas bajo el título de *Las finanzas públicas de la República Argentina*. Es la síntesis de sus conferencias y comentarios. Y voy a citar nada más que dos párrafos: "El primer hecho que salta a la vista cuando se estudia la hacienda pública argentina, es que la república no tiene las finanzas que debieran corresponder a su economía nacional. Existe una profunda y radical oposición y contraste entre la 'prosperidad' económica de la Argentina y el desarreglo de sus finanzas públicas".

Y luego agrega: "La riqueza económica nacional crece prodigiosamente y la situación de la hacienda pública es malísima: está en déficit permanente. Económicamente la República Argentina es un país rico, es un pueblo pujante que tiene, no solamente una situación próspera, sino un porvenir económico-financiero y por consecuencia político ilimitado".

Es decir, la conclusión es optimista, la fotografía que él saca de la economía es positiva; pero el desarreglo financiero lo lleva a hacer una afirmación bastante crítica en torno a nosotros.

Otro juicio de esa época es el del gran humanista, escritor y educador mexicano José Vasconcelos, que visita todos los países de América Latina en un largo crucero y publica luego un libro con un apéndice. El libro se llama *La raza cósmica*. Aparece en 1922 y el apéndice de ese libro se llama "*Notas de viaje*". El tema central es anunciar el advenimiento de una quinta raza -las cuatro anteriores, para él, habían sido los egipcios, los griegos, los romanos y los europeos modernos-. Esa quinta raza sería la raza americana propiamente dicha, que fusionaría todas las otras y sería el resultado de la mezcla que se ha producido a través del proceso, primero de colonización y luego de inmigración. Esta raza tendría una especie de epicentro en el Amazonas. No sé si plagiándolo a Sarmiento, que habló de *Argirópolis*, él habla de *Universópolis*. Pero lo curioso de este libro y de las notas de viaje de Vasconcelos, es que en la parte (diríamos) profética, no de la cosmovisión sino de la política concreta, él predice dos ejes. Dice que se van a formar dos ejes de influencia en el continente americano. Uno

al norte, compuesto por Nueva York, Chicago y Canadá; y otro al sur compuesto por Brasil y Argentina. Y esto, de alguna manera, es una aproximación a las realidades del Nafta y del Mercosur embrionariamente. Es decir, Argentina y Brasil en la parte fundamental del Mercosur; y Canadá y EE.UU. son la parte central del NAFTA, por lo menos como ha sido concebido inicialmente.

Y he reservado para el final la mención del autor que me parece más sorprendente, porque es el menos conocido, prácticamente ignorado entre nosotros. Me ha costado mucho obtener datos acerca de quien fue este señor que se llamaba Bevione.

En el libro ni siquiera figura su nombre, sino la inicial de su nombre, una letra G. Es un libro publicado en Italia en 1911, al año de su visita con motivo del centenario. Fue uno de los invitados del centenario de 1910. Es un libro denso, muy denso, de 240 páginas, inhallable, que he obtenido gracias -y debo expresar por ello todo mi reconocimiento- a la Sra. Sara Shaw de Critto.

El libro se llama *L'Argentina*, publicado en Torino, por Fratelli Bocca Editori. Sabemos por lo que dice en la contraporta del libro, que el autor publicó otro sobre la Inglaterra de hoy *L'Inghilterra d'oggi*. El libro sobre la Argentina está dedicado a un tal Alfredo Frayati, que no sabemos realmente quién es. Pero lo que he podido averiguar a ciencia cierta de Bevioni es que era un gran amigo de Enrico Ferri, que era abogado, un abogado de nota en Italia, periodista, senador, fue ministro en el primer gabinete de Mussolini (en el gabinete de la alianza inicial que lo llevó a Mussolini en el 1922 al poder); y que estaba considerado en la élite, la clase dirigente de Italia, como un notable de la época. Creo que muere al poco tiempo. Muere en el año 1924 ó 1925.

Voy a resumir lo que Bevione dice sobre la Argentina del centenario de 1910. Esto es una prieta síntesis de las 240 páginas del libro, que no tiene desperdicio. Se refiere a temas muy variados. A la arquitectura de Buenos Aires, a la disparidad entre Buenos Aires y el interior, a algunos rasgos culturales nuestros; pero lo que más me interesa es hacer mención

de lo que él observa sobre el sistema político y de gobierno y los comportamientos de la clase dirigente.

Lo primero que observa al llegar a Buenos Aires es una incontinencia arquitectónica, una tendencia a la fastuosidad y a la hipérbole. Dice que todavía no se ha formado un gusto severo y que aún no se ha creado una educación y un verdadero estilo de vida propio de los argentinos. Afirma que "hay un cabezón plantado sobre un cuerpo anémico y raquítico". Es decir que describe la macrocefalia en 1910.

La concepción de los argentinos es la inversa de la de los europeos: "No hagas aquello que puedas hacer mañana". Por eso la Argentina, país promisorio, es el país del mañana. Qué notable la similitud con Stefan Zweig, quien poco antes de morir titula un libro sobre Brasil, *Brasil, país de mañana, país de futuro*. Esto lo dice Bevione de los argentinos treinta años antes que Zweig. Señala que en Buenos Aires hay un exceso de edificación incontrolada y que falta espacio verde. Lo cual va a provocar grandes problemas al clima de la ciudad.

Si viviera hoy y observara la destrucción que hemos hecho de los espacios libres, supongo que acrecentaría su crítica. Después enumera una serie de rasgos con sentido crítico: desastrosa política de tierras, dilapidación del dinero público, corruptela política, abandono de la justicia, una profunda ignorancia, un funesto orgullo, el hábito del juego desenfrenado, prodigalidad del nuevo rico, el odio difuso del trabajo productivo, y todo esto, concluye, está generando la preparación de una gran crisis en la Argentina.

¿Cuál es el problema de la Argentina?, pregunta Bevione. No ha poseído todavía un verdadero y gran estadista. El país está sacudido por el ave negra de la corrupción. Hay una colosal dilapidación de los dineros públicos. Le llama la atención que el costo de los servicios es el doble que en Londres.

Esto es un rasgo casi permanente de la situación económica argentina. Lo que realmente lleva a la gran preocupación de todos los economistas de cualquier signo político es el elevado costo de los servicios, más que el de la producción propiamente dicha.

Burocracia y clientismo electoral en el orden nacional y en el provincial, acumulación de empleo público, la voracidad por recibir pensiones del erario. Los empleados públicos no trabajan, la coima -entre comillas- corre siempre, la presión fiscal es fuertísima (un rasgo también permanente de nuestro sistema financiero).

Luego afirma: *"El régimen presidencialista es tal pero ha derivado en pura y simple dictadura frente a la inercia del electorado. Los argentinos tendrían que pensar en adjudicar el voto a los extranjeros"*. Es útil recordar que Bevione llega cuando todavía no se está aplicando la Ley Sáenz Peña, que establece el voto obligatorio.

La mala fama de los jueces de provincia lleva a que nadie quiera acudir a ellos, y por eso se prefiere la justicia federal. El argentino pone obstruccionismo a la competencia profesional, no acepta la reválida de los títulos, hay una mala disposición hacia el extranjero que quiere revalidar el título. En el libro citado dice textualmente: "La Argentina no puede hacer sin nosotros. Mientras nosotros, gracias al poderoso desarrollo europeo interno, de la Argentina, no tenemos ninguna necesidad". Es decir, que está advirtiendo sobre ese orgullo exagerado.

La constitución es la más bella del mundo. Manifiesta su profunda admiración por la constitución histórica de 1853. Empero, dice, la propiedad tiene en los hechos más valor que la persona.

Sostiene también que *es un país donde el poder judicial no tiene independencia y el poder ejecutivo no tiene frenos*.

Destaca la inclinación de los argentinos a considerarse una stirpe predilecta de Dios. Una aristocracia que debe dirigir y no trabajar, consumir y no producir. "La Argentina es una construcción sin fundamentos suficientes, un país de vida económica enérgica pero sin capital real".

También llama la atención sobre el insuficiente grado de seguridad que el país ofrecía entonces. Ya en ese momento habla de la delincuencia, de los asaltos, de la falta de seguridad en las calles y en la propiedad.

El país se endeuda en vez de ahorrar.

Señala la injusticia imperante, la debilidad del espíritu colectivo de organización, y la tendencia general a la improvisación.

No obstante, tiene una profunda fe en la Argentina porque estos defectos son reversibles y se pueden corregir culturalmente. Y dice: "Argentina, Canadá y Australia tendrán un rol capital en la historia futura de la humanidad"; esa era la predicción de muchos y en aquel entonces, comparándonos con los dos países mas promisorios del Commonwealth, que eran Canadá y Australia. Para ello, para alcanzar ese destino compartido con Canadá y Australia, la corrupción debe ser abatida y la Argentina necesita de un gran estadista. Requiere por un lado la sacrosanta administración del dinero público y un control efectivo de las cámaras del congreso sobre el gobierno. Dice que la Argentina todavía no ha introducido el verdadero régimen representativo -lo cual era cierto porque la Ley Sáenz Peña aún estaba en discusión, no estaba aplicada- y esa introducción del régimen representativo será obra de todos. El argentino debe comprender la diferencia entre posibilidad y realidad; y que la riqueza no se improvisa con la especulación, sino que se recrea con el trabajo.

Estas son las expresiones de este ignoto Sr. Bevione. Ignoto para nosotros hoy y aquí; pero parece que era uno de los notables de la Italia de los primeros años del 900.

III. En alguna oportunidad me ocupé de este tema e intenté enunciar muy brevemente lo que yo consideraba las fallas que nos habían llevado a la decadencia, que teníamos que asumir con modestia y con objetividad; y me permití llamarla la guía de "los grandes inventos criollos". En esa guía incluí muy pocos. Por ejemplo: el invento criollo según el cual se puede distribuir hasta el infinito sin crear simultáneamente la riqueza. No hay ninguna ideología en el mundo, no el capitalismo en todas sus vertientes, ni aún el socialismo, que haya hecho tamaña aseveración. Solo en estas tierras cuajó y, después, por una suerte de mimetismo, o de mimetización, se fue expandiendo la creencia de que se puede hacer distribucionismo hasta el infinito, sin cuidar la producción. Es realmente un

invento argentino. El otro invento argentino es desafiar la sabia teoría que elaboraron los juristas romanos en materia de riesgo y que ha alimentado el derecho civil por siglos, según la cual el que se anota en el *commodum* corre el *periculum*. No es admisible anotarse en el beneficio sin soportar el sacrificio. La teoría de los riesgos requiere compartir los beneficios y los sacrificios en el juego de la vida y los riesgos que esa vida conlleva.

En la Argentina ha sido muy común y frecuente crear una novísima ética en virtud de la cual es posible anotarse y suscribirse exclusivamente en el *commodum* sin querer soportar y evadirse del *periculum*.

Otro invento criollo, quizás el mas notable: desde los asirios y caldeos en adelante -no sé anteriormente porque no hemos indagado (pero obviamente desde esas civilizaciones)- toda sociedad funciona sobre la base de un sistema de premios y castigos. De lo contrario, se entra en anomia, de modo que violar la ley no es lo mismo que respetar la ley, hacer el bien no es lo mismo que hacer el mal. Probablemente la Argentina sea el único intento en la vida cotidiana, en la vida del común de las personas -en la viveza criolla de la cual hablaba Borges- en la que se intenta vivir sin un sistema de premios y castigos, donde vale lo mismo y tienen las mismas consecuencias actos que impliquen comportamientos "secundum legem" o "contra legem".

Terminaba yo esa breve recopilación señalando que había expresiones que el argentino no conjugaba, como:

-*organización*: es decir articulación razonada de los medios y los recursos con respecto a los fines y a los objetivos.

-*seguimiento*: el argentino piensa que las cosas empiezan, van solas y desembocan solas; cuando no es así.

-*mantenimiento*: en las obras públicas, por ejemplo, no calibramos la importancia del mantenimiento.

-*control*: y sobre todo, más que control, falta de responsabilidad. Porque el control es la antesala de la responsabilidad y de nada vale que los organismos de control funcionen, si no recaen después sobre los responsables las sanciones condignas que correspondan. Muchas veces hemos tenido control, y buen

control; pero no hemos tenido mecanismos que aseguren la responsabilidad.

Sinceramente creo, con Henry Ford, que la mayoría de las personas gasta más tiempo y energía en hablar de los problemas que en afrontarlos. De modo que lo que debemos hacer es tomar en cuenta, tomar noticia de esos problemas y afrontarlos.

Quiero terminar estas reflexiones con una manifestación de optimismo. Creo que a pesar de estos defectos es verdad que la Argentina es el país de los grandes éxitos individuales y de los grandes fracasos colectivos. Pero, por lo menos, es de los grandes éxitos individuales: el mejor deportista, el mejor médico, el mejor investigador, el mejor científico, el mejor de todo lo hemos tenido.

En cambio, en el ámbito colectivo ha existido una terrible e incomprensible delegación gerencial que se ha dado durante muchas décadas -no entro a analizar desde cuando porque sería muy polémico- en virtud de la cual la clase dirigente argentina, la élite argentina, los más capacitados, decidieron, probablemente, delegar gerencialmente la cosa política en otros, en personeros. Alguna vez le tocó a un sector, otra vez le tocó a otro sector. Pero es como si la cosa política por ser sucia, por ser incómoda o por ser riesgosa, no fuera compatible o agradable a los requerimientos hedonísticos de una vida que se podía llevar mucho más cómodamente -desde el punto de vista del confort que el nivel de vida daba en este país- por la riqueza del país en general y por el gran éxito de quienes trabajaban, mejoraban, se superaban y accedían a la clase dirigente.

Ha sido un país de vasos comunicantes, un país de gran porosidad social y dirigencial; pero, desgraciadamente, hubo esa delegación en virtud de la cual ocurrió como en la física: el lugar dejado vacante por los mejores fue ocupado por los mediocres y el resultado lo vemos fundamentalmente a través de los grandes órganos de conducción.

Yo, pese a todo esto, repetiría con Baldomero Fernández Moreno que prefiero mil veces una muerte argentina; y con Mallea, que debemos vivir una intensa pasión argentina.

Y hablando de Mallea, concluyo con una última cita, esta vez de *La vida blanca* en la edición de 1960, que está en el epílogo, en la página 180, que me parece de un hermoso valor poético, una gran espiritualidad; y cada vez que la leo y la releo, como argentino me conmuevo, la hago mía y la traigo hoy como modesto colofón.

Dice Mallea:

"Si mil veces tuviera que elegir, mil veces elegiría nacer de nuevo en las costas de mi tierra, crecer entre sus ríos, atender al rumor dulce de su pausado crecimiento.

Si mil veces tuviera que elegir, mil veces elegiría escuchar los modos de su voz, ver los matices de sus rostros, seguir conmovido el vuelo de sus pájaros.

Si mil veces tuviera que elegir, mil veces sacaría de mí los cantos, que en su silencio sus diferentes causas me producen.

Si mil veces tuviera que elegir, mil veces bajaría mi cara al suelo para distinguir, en un latido de planicie, el eterno son nativo de su generación.

Si mil veces tuviera que elegir, mil veces elegiría la suerte múltiple de ser mil veces argentino".

Acá termina la cita de Mallea. Las transcripciones precedentes son -en general- de carácter ácido. Lo he hecho, no con mala intención, sino con la mejor buena voluntad de recordar cosas que, aunque no nos agraden, se han dicho. Algunas exageradas, otras quizás coyunturales, meramente ocasionales; pero todas fueron dichas con mucha honestidad por parte de quienes nos visitaron y (creo que con la misma honestidad) tenemos que analizarlas, ya sea para aceptarlas o para rechazarlas, o para demostrar (ojalá sea así) que ya están superadas.